

# UN POEMA DE CLAUDEL \*

Versión Castellana y Escolio de Angel J. Battistessa

**E**l *Himno de San Benito* es uno de los más hermosos poemas de Claudel; lo es por la hondura del pensamiento, lo tónico del consejo y la preciosa originalidad de las imágenes, inspiradas casi todas ellas en el texto de los Evangelios (*San Mateo*, XVI, 26; *ibíd.*, VII, 13-14; *San Lucas*, XIII, 24, etc.) y en el de la Santa Regla Benedictina (principalmente el Prólogo y los capítulos V, VI, VII: *De la obediencia, Del espíritu de silencio, De la humildad*).

“Dios suscita en cada recodo de la historia algunas grandes figuras de santos a fin de asegurar a su Iglesia la empresa sobrenatural que ella debe ejercer, en virtud de su misión divina, sobre la almas. El imperio romano acababa de hundirse y los bárbaros habían invadido a Europa entera. Entonces aparece Benito, el jefe de los monjes de Occidente. Nace en Nursia (Umbria), en 480; es enviado a Roma para hacer sus estudios; pero, teniendo ya la sabiduría de un anciano, dice San Gregorio, abandona el mundo por la soledad de Subiaco. Después de tres años pasados en una gruta, por sus virtudes atrae hacia sí las muchedumbres. Las grandes familias de Roma le envían sus hijos y pronto funda, en las montañas doce monasterios, “escuelas del servicio del Señor” en las que, bajo la dirección de un abad, los monjes aprenden, por el ejercicio del rezo público, la oración privada y el trabajo, a despojarse de sí mismos para sentirse colmados por Dios. San Benito recomienda en su Santa Regla que se examine si los novicios, “están llenos de solicitud para la obra de Dios, la obediencia y los oprobios”. Como “la ociosidad es enemiga del alma”, el santo Legislador, sumando el ejemplo a sus palabras, mostró a sus discípulos como debían roturar la tierra y los corazones. Uniendo el trabajo manual a una pre-

\* Este texto poético y su comentario figuran en *Plenitud de Claudel*, que aparecerá próximamente en las ediciones de “Convivium”.

dicación incesante hecha a las poblaciones paganas de Monte Casino, legó a sus hijos la divisa monástica: *Ora et labora*, "Reza y Trabaja" (Misal).

La obra de San Benito y de su hermana Santa Escolástica — a la que Claudel ha dedicado otro bello poema — alcanzó a difundirse por todo Occidente después de la muerte del patriarca, acaecida en 543. Desde entonces los hijos espirituales del mismo santo taumaturgo — religiosos, religiosas, oblatos seculares, etc. — han esclarecido en grado sumo los fastos de la Iglesia y la historia de la enseñanza y el arte. Conocida es la influencia benéfica que el capítulo XLVIII de la Regla ejerció durante los siglos más rudos de la Edad Media, supuesto que la escrupulosa transcripción de las grandes obras antiguas permitió conservar parte inapreciable del patrimonio espiritual de Europa, preparar el esplendor de los siglos XII y XIII y el aporte realmente valioso y no deleznable del mismo Renacimiento.

El espíritu benedictino, con cuyos frutos ha empezado a beneficiarse también nuestra República, gracias a la diligencia de los monjes de esa orden que desde hace algunos años actúan entre nosotros, cifra su eficacia catorce veces secular "en el apartamiento del mundo", la inteligencia y el amor de la liturgia, la obediencia, la mortificación, el trabajo, la vida en familia, la abnegación hacia el prójimo y la fidelidad a las tradiciones". (R. P. Don Besse, *Les oblats de Saint Benoit*, París, s. d., pág. 12). En lo externo, ese espíritu se caracteriza por el amor al orden, el decoro personal, la enérgica suavidad de las maneras y la laboriosidad infatigable, fina y meticulosa. Difundido alcance popular tienen por eso las expresiones "paciencia benedictina", "trabajo de benedictinos" y otras semejantes.

Conocedor de las modalidades de esta orden, entre otras razones por el retiro que en 1901 hizo en el célebre monasterio de Ligugé, Claudel, en su poema, atiende más al espíritu que a las maneras benedictinas. Su himno es una gozosa pero perentoria invitación al ejercicio de lo que ese espíritu ofrece de más difícil y santamente meritorio: la *conversio morum*, la "conversión" o cambio de costumbres, cumplida según el ejemplo del propio Patriarca. Pero como artista — y como artista cristiano —, al celebrar al "hombre regular", Claudel se recrea en sugerir, por modo indirecto pero manifiesto, tales modalidades externas, signo aparente de ecuanimidad militante y armoniosa que conduce a la verdadera paz. A pesar de su forma siempre "abierta", el *Himno de San Benito* se desarrolla por eso en firmes y majestuosos grupos estróficos, cuya nitidez rítmica hace resaltar, en amplio y concertado despliegue prosódico, la amorosa intimación con que el gran educador de Occidente previene a cada nuevo discípulo, ya desde las líneas iniciales de su Santa Regla: "Hijo mío, escucha mis palabras e inclina tu oreja a mis dichos". (*Proverbios*, V, 20).

## Himno de San Benito

† PAX

*Benito, al salir de la infancia, oye esta palabra de reproche  
que nos dirige Jesucristo:*

*“Si pierde su alma, todos los bienes de este mundo, para el hombre,  
Son cosas de valor mezquino”;*

*Si sus divagaciones azarosas, sus pasiones y sus ideas,  
Como las cabras que pacen por el campo,*

*Aquí y allí, por lo alto y por lo bajo, rebeldes y dispersas,  
Son las amas del amo.*

*¿Para dejarla quebrantarse y diseminarse de esa manera,  
Tenemos acaso un alma de repuesto?*

*¡Aguas adúlteras! ¡Copa trocada de amargura plena!*

*¿No hay en nosotros fuente que no sea de cieno?*

*—Y por esto Benito se pone en marcha, báculo en mano,  
Arreando sus ovejas indóciles,*

*Por la vía invisible y segura, ese camino áspero*

*Y estrecho, que es el más fácil que se nos propone,*

*Porque el desierto es grande y anchurosa la ciénaga.*

*Pero la ruta es engañosa y señera.*

*Quien la ha abandonado una vez no encuentra más que el obstáculo sin re-  
compensa,*

*Y la arena idéntica a la arena.*

*¡A derecha, a izquierda, alma en marcha, renuncia a ese doble desierto!  
¡Renuncia —¿es acaso tan duro?—*

*Al hambre, a la sed, a la muerte, al infierno!*

*¡Qué dulce es estar seguro!*

*¡Seguro de los pies, seguro del camino y de lo que está a su término,  
Seguro de esta cruz sólida,*

*Seguro de nuestros hermanos y de toda la Iglesia en marcha en torno nuestro,  
Seguro del padre que nos guía y custodia!*

*¡Dichoso aquel que ha plantado la cruz en el centro de su encrucijada,*

*Dichoso aquel que aposenta a Dios en su corazón gozoso,*

*Y cuyos pensamientos se vuelven todos hacia El siete veces en la tarea diaria,  
Como los monjes al coro!*

*Dichoso este hombre regular, esta alma asociada a la carne,*

Que trocó su cárcel en clausura,  
Este soldado negro que no pierde nunca, escudo doble y escapulario amable,  
Contacto con su sepultura.  
Antes de tener que retornar a Dios, es más sencillo no abandonarlo ni perderlo.  
A San Benito ¡oh hijo! escucha, pues, ferviente.  
Se está más cerca del perdón cuando se procura merecerlo.  
Se va más rápido si se va rectamente.  
¿Y por qué atormentarse tanto a causa de las cosas del mundo vano,  
Cuando no tener nada es tan sencillo y tan bueno?  
¿Por qué discutir y hablar tanto, cuando es tan fácil permanecer callado?  
Esta noche, todos estaremos muertos.  
¡Aliméntate con tu Dios, y cállate! ¡Trabaja, obedece, marcha!  
Mi gracia sobre ti reposa.  
¿Y puesto que Dios mismo habla y dice que eso basta,  
Por qué pedir otra cosa?  
Antes de tener que vencer a Satán, es más sencillo guardarse de sus amaños.  
La obra vale más que el sermón.  
Antes de tener que luchar contra el mundo, es más sencillo no mirarlo,  
y bajarse el capuchón.  
Puesto que Dios mismo mora aquí, y nosotros, ¿para qué salir de su templo?  
¿Por qué echar de menos el Caos?  
Y puesto que nuestra felicidad en el cielo consistirá en cantar todos juntos a  
un tiempo,  
¿Por qué no comenzar ahora, hermanos?  
Si la felicidad en el cielo es amar, ¿por qué ahora la guerra infausta?  
¿Por qué hermanos, separarnos?  
Aportemos el uno al otro nuestras voces, una y otra necesarias  
Al acorde reintegrado.  
¡Dichosos los hijos de San Benito, que amorosamente él ha allegado hacia sí!  
¡Dichoso el discípulo recoleto y veraz,  
De quien sin palabras emana, como de alguien que dice sí,  
El consentimiento a la paz!